

HÉROE ESPAÑOL
LUIS CERNUDA
(1927-32)

BAJÓ, ledó confesor oriental, de su pétreo pie de la puerta grande, ¡inconmovible catedral sevillana!, atravesó Gradas por el aire estrecho, en superpuestos perfiles, y vestido de actual modo negro su moreno amarillo, llegó al tren de la tarde con un ramito de clavellinas blancas en la cuidadosa mano. ¡Adiós! ¿Cómo se perdía luego y sin madre, en el crepuscular laberinto de Santa Cruz este delgado solitario erecto desdeñoso? ¿Qué fina y fuerte aguja interior, qué eje sutil lo sostenía bajo el grana sordo asfixiante, azucena de hierro giraldina para todos los vientos de la poesía, quieta triste por falta atmosférica?

Solo en el fondo de otra casa de otra calle, calle del Aire, esculpido, labrado suavemente por esa íntima tarde eterna andaluza, de las cuatro a las nueve, Luis Cernuda fué, es, sigue siendo el más esencial hondo sobrebecqueriano de los poetas jóvenes españoles. No tiene cara de Bécquer, tiene calidades de Bécquer cuarenta años delante, equivalentes transparencias juveniles, oro

marfil plata en espíritu, góticas bandas anjélicas alrededor de su diferente verso. Sus huesos de alabastro suenan como otro teclado preciosamente pálido en lo oscuro, otra arpa, sin polvo por milagro auténtico en el ángulo penumbra de otro largo salón del mediodía. Todo en su canto es pétalo si flor, pulpa si fruta. Confunde, como la magnolia, la acacia rosa y blanca, el nardo, fruta y flora. No tiene leña su tierna granada en punto.

En Madrid ahora Luis Cernuda, después de sus despueses, su morenía la noto más malaya palúdica verdesur. Parece siempre, en cualquier sitio, que viene cimbrándose bajo ricas sombras marinas de palmeras orilla de Guadalquivires al mar. Un vaho de patio de naranjos lo envuelve, lo sume en caricia luz esencia. Libre de Sevilla, lo siento más enjaulado en arquitecturas de Sevilla, májicas alambreras de arjente y blanco, malva y oro, cuatro liras al fin, en jaula para príncipe encantado en extraño grillo real. Y si voy a Sevilla y paso por Gradas, miro sin poeta confesor la pilastra vacía de la que aleó el extraño volador Luis Cernuda; falta en el amarillo quieto su voz de arpa entrecortada, su respiración del azahar y el jazmín, el tono de su corazón de ópalo.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

HÉROE

(POESÍA)

4

IMPRESORES

CONCHA MÉNDEZ Y MANUEL ALTOLAGUIRRE

MADRID. 1932